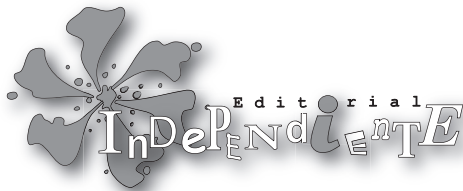


Iván Martínez Hulin

Corre  
o  
Muere



© Editorial Independiente

© Iván Martínez Hulin  
[www.martinezhulin.com](http://www.martinezhulin.com)

Primera edición: mayo, 2016  
Segunda edición: marzo, 2020

Cubiertas: Juan Carlos Martínez y Mar Creativos ©  
[www.marcreativos.com](http://www.marcreativos.com)

Corrección: Lydia Rodríguez Mata  
[www.correccionesdeestilo.es](http://www.correccionesdeestilo.es)

Editorial Independiente  
Ediciones Literarias Independientes, S.L.  
[www.editorialindependiente.com](http://www.editorialindependiente.com)

ISBN: 978-84-944114-6-5

Depósito legal: MA 454-2016

P.V.P: 18,00 €

Impreso por: Publicep IdPrint

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción total y/o parcial de este libro por cualquier medio sin la previa autorización por escrito de los propietarios del *copyright*.

# Capítulo 1

*V*iene tras de mí. Casi puedo sentir su aliento cortando el aire congelado de la noche en mi nuca. Viene tras de mí. ¡Va a matarme!

*Las ramas me golpean en la cara. ¿Estoy en un bosque? ¿Dónde estoy? Aquí no hay bosques. ¡Aquí no hay bosques! ¿A dónde me han traído?*

*Escucho sus pisadas. Corre mucho. Me duelen los pies. Estoy descalza. ¡Ese bastardo me ha quitado los zapatos! Me estoy clavando pedazos de madera y piñas a cada paso que doy. Creo que estoy sangrando. Va a matarme... Va a matarme... ¡Corre! ¡Corre!*

*El aire es frío. ¿Por qué tengo tanto frío? Estoy medio desnuda. ¡Hijo de puta!, ¿qué me has hecho? ¿Qué me has hecho?*

*De repente el mundo comienza a girar. He tropezado. ¡Condenadas raíces! Las veo al caer. Instintivamente, intento volverme para ver a mi perseguidor. Está cerca..., muy cerca. Salta unos matorrales y cae sobre mí como un depredador implacable. Las sombras apenas me dejan ver nada, las siluetas del bosque y poco más. La espesura a veces deja pasar un rayo de luz plateado que ilumina ligeramente la naturaleza que me rodea; por eso he visto las raíces.*

*¡Está sobre mí! Forcejeo, intento mover las piernas, pero me las tiene aprisionadas. Está sentado sobre mí y no me deja moverlas. Siento su peso aplastándome el abdomen. También me ha atrapado un brazo. El que me quedaba libre lo sostiene ahora con una de sus manos. Sus dedos se me clavan en la carne. Parezco una muñeca de trapo. No tengo fuerza para liberarme. Intento ahuecar mi cuerpo girando como una gata rabiosa, pero*

él es más grande, más fuerte, más decidido. Yo... ¡Yo tengo miedo! ¡Suéltame! ¡Suéltame, por favor! ¡No quiero morir! Quiero gritar, pero de mi boca no sale más que un gemido ahogado. No me deja hacerlo. ¿Algo me cubre la boca? No, no hay nada... Me hace daño.

¡Un rayo de luz! ¿Es una linterna? No, ¡solo la maldita luna! Lleva algo en la cara, algo oscuro, ¿una capucha? No, es más ceñido. ¿Un pasamontañas? Sí, es un pasamontañas. Le cubre el rostro; solo le veo la boca repleta de dientes. Su lengua asoma y recoge el sudor de la comisura de sus labios. ¿Va a violarme? ¿Qué me va a hacer? ¡Por favor, Dios, que no me mate! ¡Que no me mate! Sus ojos tienen un brillo extraño. No es de ira, no es de rabia, ni de placer... Es frialdad. Están vacíos. No tiene alma. Es un cascarón vacío. No tiene nada dentro.

¿Qué está haciendo? Con la mano que le queda libre está cogiendo algo. Se palpa la entrepierna. ¡Dios mío! ¡Que no me mate! ¡Que me haga lo que quiera, pero que no me mate!

Ya está, ya está, respira. Cuando tenga lo que quiera, me dejará. No luches más. No te serviría de nada. ¿Por qué no puedo gritar? Da igual, en medio de ninguna parte nadie iba a escuchar mis gritos. Déjale hacer. Déjale que haga lo que quiera. Seguro que después me deja marchar. ¡Por favor, que me deje marchar!

¿Qué hace? ¿Por qué tarda tanto? No me ha arrancado la poca ropa que me queda. ¿Qué está haciendo? ¿Por qué tarda tanto? Por favor, que pase ya. Que se termine ya. No puedo más... No puedo más.

Siento los dedos clavarse en mi carne. No son sus uñas. Lleva guantes.

He conseguido liberar mi brazo de la presión de su pierna. Lo llevo detrás de la cabeza y le lanzo mis dedos a los ojos con la esperanza de arañarle.

Fallo por muy poco. Estoy cansada. Me duele todo. No puedo más.

Saca la mano que hurgaba en sus pantalones. Veo un

*leve resplandor, como una línea que cortara la oscuridad entre nosotros. No estaba tocándose. ¡Estaba buscando un cuchillo! Uno enorme, como de cazador. ¡Me va a matar, Dios mío! ¡Me va a matar!*

*Algo tibio resbala por mi brazo, el que había conseguido liberar. No he sentido nada. De hecho, no puedo moverlo. No quiere responder a mis órdenes. Las ignora. Ha caído como si estuviera muerto. Como si se hubiera muerto antes de que el resto de mí le siga al olvido.*

*El hombre levanta el cuchillo en vilo. Lo veo resplandecer en la noche gracias a la luna. Tiene dientes de sierra. De repente lo baja contra mi cuerpo. Noto la hoja de metal atravesando mi carne, hendiendo mi ser, cada vez más adentro. Me ha asestado una puñalada en el hombro. Oigo las hojas secas crujir debajo de mí. ¿Por qué no puedo gritar? ¿Por qué no puedo gritar?*

*Creo que me he mordido el labio. Saboreo mi propia sangre. Intento desesperadamente desasirme, pero pesa demasiado y mi brazo no responde. El otro no está mejor. El hombro me arde. Siento cómo la sangre me moja el sujetador, me recorre la piel y se derrama bajo mi cuerpo, empapando la tierra. El corazón amenaza con salirse de mi pecho, pero a él le da igual. Veo el vaho de su respiración enfriándose frente a mi cara cada vez que baja el cuchillo y me asesta una nueva estocada. Dos, tres, cuatro..., pierdo la cuenta. Al principio duelen, pero después ya no siento nada. Mi cuerpo se zarandea al capricho de sus embestidas. Veo mi sangre derramarse sobre mí, siguiendo la hoja cuando se levanta. Traza un arco rojo que me ha cubierto uno de los ojos. Ahora la luz de la luna es escarlata.*

*Me ha matado. Sé que me ha matado. Papá, mamá, os quiero. Me ha matado.*

Kat cierra el libro y mira alrededor. La gente está estupefacta. La miran con ojos desorbitados y expresiones que están a medio camino entre la angustia, la repugnancia y el horror.

Las señoronas con abrigos de visón aprietan fuertemente el brazo de sus enchaquetados maridos. Tres chicos adolescentes intercambian sonrisas, como si les acabaran de contar un chiste. Roberto comienza a aplaudir y, poco a poco, el resto de las personas que ocupan la sala le siguen. Algunos comienzan a ponerse en pie, como si ella hubiera ofrecido un concierto.

–No solo es buena con la palabra escrita –dice Roberto orgulloso–, sino que, además, es una gran narradora –completa.

Kat lo mira sorprendida. Se ha dejado llevar tanto por su propio relato, que había abandonado la librería y se había sumergido en el bosque. Casi había podido volver a sentir las cuchilladas en su carne. Casi.

–Espero que les haya gustado, señoras y señores, pero nada más que es un pequeño adelanto que la autora ha querido ofrecernos. El resto de *Corre o Muere* es tan espeluznante como esta breve lectura. ¿Qué les parece si abrimos los turnos de preguntas? –Roberto sonríe abiertamente y no se percata de que sus dientes perfectamente blanqueados de cuarentón bien conservado están fuera de lugar. Para la audiencia, las mismas luces de la librería, fieles heraldos de una supuesta civilización, con esa falsa seguridad que parecían aportar, habían quedado eclipsadas por la siniestra parrafada.

El editor mira en derredor y elige con un gesto a una de las personas que levantan la mano pacienzudamente, como si de crecidos alumnos se tratase.

Kat contesta con calma a las preguntas que le plantean sus futuros lectores. Una a una, siempre las mismas. Presentación tras presentación, ciudad tras ciudad, cambian la caras, pero permanecen las palabras, y ella contesta y miente a partes iguales cuando lo considera oportuno.

Después de un tiempo que siempre le resulta interminable, finalizan las preguntas de los congregados y comienzan las de la prensa. No han acudido demasiados medios. Claro,

tiene lógica, ¿cuántas van con esta? ¿Veinte presentaciones de la novela repartidas por toda la geografía nacional? ¿Veintidós quizá? ¡Qué más da! La verdad es que la editorial se ha esmerado en hacerle una buena promoción. Ha visto en ella a una prometedora escritora novel de la que se puede sacar mucho partido. Si se convierte en una estrella, ellos ganarán más dinero. Así de simple.

Las miradas de los asistentes no se han serenado aún. ¿Qué esperaban? En un tiempo de violencia, ¿sobre qué podría escribir? Sobre violencia, obviamente. A ella siempre le ha gustado considerarse una escritora de misterio, pero todo el mundo parece querer resaltar continuamente lo mismo de su libro: la violencia. ¿Cómo quieren que escriba un libro de asesinatos? ¿Cómo si de un cuento de Hans Christian Andersen se tratara? Ella escribía sobre misterio y crímenes, como Agatha Christie, pero un poco más modernizada. No con más sangre y más vísceras, sino con la crueldad extrema que caracterizaba los tiempos que le habían tocado vivir. Nada de tapujos. Nada de paños calientes. Suficiente tenía con quitarse de la cabeza esos pensamientos que la asaltaban en esa experiencia liberadora, casi mística, que después compartía con sus lectores. Plasmaba aquello que la atormentaba en la intimidad, en las noches de soledad, cuando se despertaba sudando en la cama, al borde del histerismo, con el corazón atenazado por la sensación de ser la siguiente víctima. De haberlo sido ya.

La prensa termina de hacer sus preguntas. La cara de Roberto le transmite de manera inmediata, con una sola mirada, que no ha estado especialmente brillante. Sigue cansada y perderse cada vez más en sus propios pensamientos al tiempo que contesta en modo automático no ayuda. Tiene que centrarse. Duda que lo haga, pero no es precisamente Arturo Pérez Reverte –“todavía”, se corrige– como para poder permitirse contestar sin pensar o con desgana. Eso se nota, y menudos son los de la prensa, que lo pillan todo al vuelo.

Por fin, ya queda poco. Kat sonrío a la primera persona que se acerca a la mesa modelo “gran superficie” que el local ha puesto a su disposición para la presentación. Es una de las librerías más pujantes de Málaga, así que debería sentirse orgullosa, pero hace mucho que Kat dejó de ser una chica sociable. Toma el libro entre sus manos, intercambia unas breves palabras con el lector antes de preguntarle lo de siempre: “¿A quién se lo dedico?” Antes le sonaban a música celestial; ahora forman parte de la actuación. Ya no despiertan la más mínima emoción en ella. La pérdida de la magia que suele traer aquello que se ha vuelto cotidiano.

Firma el libro. Pone unas escuetas frases amables, pero neutras, y cierra las tapas. Se lo entrega con un gesto delicado y de nuevo sonrío ensayadamente. Llega el siguiente lector. Más de lo mismo.

No los desprecia. No podría aunque quisiera. Han acogido el libro con entusiasmo. Cien mil copias vendidas en unos pocos meses. Todo un éxito para una novelista prácticamente desconocida, pero nuevamente ataca el sabor de aquello que era magia y que la cotidianeidad ha convertido en hastío.

La cola de personas que esperan para poder intercambiar unas palabras con la autora de moda parece interminable. Kat estampa metódicamente su rúbrica una y otra vez. Elabora las dedicatorias con esmero y las ejecuta intentando aplicar el máximo mimo para que todas parezcan diferentes entre sí, que no se repitan, igual que los nombres. Pero tampoco logra que suenen tan sinceras como le gustaría.

Entre algunas cabezas ve a un par de hombres. Están casi al final de la sala, aguardando su turno con resignación, pero sin llegar a sumergirse en la fila que se había formado frente a la mesa. Parecía como si quisieran esperar a que el resto de asistentes pasara antes que ellos. Esos lectores eran, con diferencia, los de la peor categoría, esperando tener unos minutos de intimidad con la autora y poder departir más y mejor



que sus congéneres. En realidad, la mayoría eran meros pedantes que no hacían sino repetir lo mismo que los demás, pero con palabras grandilocuentes, acordes a sus inflamados egos.

A Kat le duele la cabeza. Solo tiene ganas de volver a casa.

Uno de los hombres le resulta atractivo. Sus ojos azules buscan los de ella rompiendo el vacío que los separa, serpenteando entre las cabezas de la multitud. A la mujer le da un extraño vuelco el corazón cuando sus miradas se encuentran a mitad de sala. No recordaba haber sentido nunca nada parecido, pero la política de la empresa –en este caso, la propia Kat– era: “Nada de coquetear con los lectores”.

Aun así, la muchacha no puede evitar mirarle de vez en cuando. Sus ojos le han hablado sin necesidad de que hubiera palabras. Eso ha despertado su curiosidad. Parece sombrío, algo enigmático, además de atractivo, lo que la inquieta y le agrada a la vez. Podría convertirlo en un personaje de su próxima novela. ¿Quién sabe? Esperaría a tener un contacto más cercano antes de tomar una decisión. Deformación profesional. Todo y todos los que la rodeaban eran susceptibles de salir reflejados en alguno de sus libros. Al fin y al cabo, era parte de la inspiración del escritor, que no es más que un dioscello manipulador que cambia la realidad para acomodarla a su pequeña y modesta versión de la Creación.

Roberto se ha marchado. ¿Dónde está? De repente lo encuentra. Despide con falsa dignidad a un grupo de reporteros de uno de los grandes *mass media* del país.

El hombre de menor estatura de la pareja que aguarda al fondo le hace un gesto con la mano. Parece que quiere que se acerque.

Un hombre calvo y bastante sobrado de kilos le tapa la visión repentinamente. Tiene la frente perlada por una miríada de gotitas de transpiración. La escritora tiene que disimular una mueca de disgusto.

–¿De dónde saca una mujer tan dulce la inspiración para escribir esos crímenes atroces? –pregunta el individuo, sin demasiada delicadeza. Ni tan siquiera le ha saludado antes, como si llevaran hablando un buen rato. Le molesta el gesto, pero se ha convertido en una experta en el arte del disimulo. Así que Kat sonríe, baja la vista y comienza a poner la fecha sobre el espacio que después ocupará la dedicatoria.

–¿No querrá que revele mis fuentes, verdad? –contesta sin demasiado entusiasmo al tiempo que se fuerza por mantener la sonrisa.

El hombre libera una estridente carcajada que parece perforar el tímpano de la escritora. Su aliento hiede a habano y coñac. Kat parpadea y hace un esfuerzo para reprimir una nueva mueca de desagrado. Aparta brevemente su melena rubia, lo que le ayuda a encubrir el gesto.

Poco a poco desfila el resto de personas que han adquirido el libro, incluyendo a los tres adolescentes que, en su turno, hacen un comentario impropio que a ella casi le llena de orgullo tanto como la ofende. A fin de cuentas, conservaba encanto suficiente como para atraer la atención de las alteradas hormonas de tres muchachos, por muy burda que hubiera sido la expresión elegida para hacérselo saber.

Roberto espera al final de la sala, junto a la pareja de hombres misteriosos, al lado de una pequeña estantería repleta de libros sobre la que hay una representación en cartón de la portada de su novela. Al otro lado, la cristalera que hace las veces de pared del piso superior de la librería se empaña por el calor del interior y la breve lluvia de fuera, porque en Málaga la lluvia tendía a ser siempre demasiado breve. La luz de las farolas se cuele, anaranjada, creando cambios en la propia iluminación interior.

Finalmente, los lectores se van retirando uno tras otro por las escaleras de caracol que conducen a la parte de abajo del amplio local. Roberto se acerca ligeramente tambaleante.

Parece afectado por algo y la expresión que tiene dibujada en la cara comunica a Kat que nada bueno está por venir de esa enigmática pareja.

–Estos señores quieren hablar contigo –dice el editor, mostrando su intranquilidad.

–Que se acerquen, son los últimos –responde ella con parsimonia. Roberto la mira como si no hubiera comprendido nada.

–Son de la policía –añade a modo de aclaración.

Kat lo mira un tanto sorprendida. No se parecen a los policías que ella solía imaginar para sus relatos y, al mismo tiempo, guardaban un extraño aire de reconocimiento. Después, dirige su atención al dúo que aguarda pacientemente al final del local. El par de ojos azules vuelve a golpearla haciendo que se despierten las mariposas de su estómago. El hombre sonríe con levedad, como intentando apaciguarla, pero es demasiado tarde.

–¿De la policía? –repite Kat incrédula–. ¿Y qué quieren? –murmura sin ser capaz de retirar del todo la mirada de esos ojos.

–Hablar contigo sobre algo –explica Roberto sin poder ocultar su creciente nerviosismo.

–Está bien –resuelve breve.

Kat se levanta y avanza hacia los hombres con paso firme. Es una mujer menuda, apenas llegará al metro sesenta y cinco. Sus ojos son verdes, pero tan oscuros que casi podrían parecer marrones. Lleva el pelo recogido en una corta melena que parece querer significar que se trata de una mujer más práctica que coqueta. Esa noche viste un traje de chaqueta beige de corte clásico y una blusa blanca. El detalle que cierra el conjunto es un cinturón de cuadrados de metal, unidos entre sí por eslabones, que representan escenas de la antigua Grecia. La correa se une en su cadera izquierda y cae a dos bandas, como si de una cadena se tratara, tintineando con gracia a cada paso

que da.

Uno de los policías, el más alto, el de los ojos inquietantes, la observa con atención. El otro parece mirar alrededor, como si el lugar le pusiera un poco nervioso. Quizá, después de todo, no fueran apasionados de la lectura.

Kat llega hasta ellos y extiende la mano.

–Buenas noches, agentes –saluda elegante. Su gesto, nada exagerado, ha sido entrenado y curtido en mil reuniones con personas influyentes.

–Inspectores –corrige el hombre más bajo. Sus ojos marrones se clavan en ella. Parecen los de un águila, pero sin la parte majestuosa. Ahora que ha dejado de mirar la librería para centrarse en la escritora, ella siente que la examina como si fuera capaz de atravesarla, ¿o serán los nervios? Ser requerida por la policía no era algo precisamente tranquilizador. Toma nota mental para usarlo en algún pasaje de un futuro relato.

–Disculpen..., inspectores –se corrige en voz alta, con un gesto conciliador prendido en el rostro.

–No hay por qué –dice el hombre más alto, tomando su mano y apretándola ligeramente–. Soy el inspector Pujalte y este es el inspector Sánchez –ahora que tiene sus ojos justo frente a ella, se da cuenta de que son bonitos, pero los ha visto mejores. Hay algo más; otra cosa que no es capaz de definir.

Kat siempre había creído en los flechazos, pero no en lo que la mayoría entendía por flechazos: no en la química natural de dos cuerpos que se desean, fuera lo que fuera eso, que a ella le seguía pareciendo magia por mucho que dijeran los científicos, ni por el placer de contemplar algo que le parecía hermoso y atrayente, sino por otra cosa bien diferente. A estas alturas de su vida, ha visto hombres más guapos, cuerpos de gloria. No, no es eso. Es la mirada que hace que se lo haya dicho todo sin necesidad de decir nada; la mirada que le hace vibrar algo dentro, que la hace sentir viva y presa a la vez, prisionera de unos ojos que quizá nunca debieron mirarla; la mirada que

le ha robado una parte de sí y que ha agregado algo al conjunto de lo que es Kat, sin que ella sea consciente siquiera del hecho. Sus almas se han tocado a través del vacío, a través de un simple intercambio de miradas y sabe que ha sido algo mutuo, porque puede verlo en el rostro del hombre. Sus ojos no la escrutan como los del segundo inspector, no; sus ojos la comprenden de una manera en que no se comprende ni ella misma.

–Quisiéramos hacerle unas preguntas –agrega el otro, el escudriñador profesional, el ave de rapiña acostumbrada a tratar con maleantes, interrumpiendo sus pensamientos.

El hombre la examina como suele hacerlo ella con los demás, para percibir los detalles, que suelen ser lo fundamental, y no dejarse nada en el tintero.

–¿Aquí? –pregunta ella, sin ser capaz de apartar la mirada del segundo inspector. No han esperado a que se presentara, pero es lógico. Toda la librería anuncia la sesión de firmas de su novela hoy. Una creciente popularidad que no termina de agradarle acompaña al hecho de convertirse en una escritora de éxito, dentro de lo popular que podía llegar a ser un escritor en un país que cada día parecía leer menos.

–Si a usted le parece bien, podría acompañarnos a la comisaría –responde el hombre más alto–. Allí tendremos más intimidad –su pelo moreno aún tiene atrapadas algunas gotas de la lluvia que cae fuera. Es alto, quizá mide metro ochenta, puede que un poco más. De vestimenta sencilla, camisa blanca con los últimos dos botones desabrochados, pantalones de pinza rojo burdeos que dejan ver alguna arruga, y una gabardina de tela ligera para completar el conjunto. Sus manos son fuertes y algo ásperas. Ella casi se ha resistido a retirar la suya después de saludarle.

–Si no me entretienen demasiado, por mí no hay inconveniente –confiesa, dejando patente que no está demasiado interesada en pasar la noche en la comisaría–. ¿Puedo preguntar de qué se me acusa?

–No está usted detenida, señora –contesta el inspector Sánchez. La está mirando con curiosidad. ¿Qué clase de mujer normal no se asusta ante el hecho de que la policía quiera interrogarla sobre algún hecho?

“Claro que no estoy detenida”, piensa Kat. Si lo estuviera, no estarían departiendo amablemente; ya tendría las esposas puestas y estaría camino del coche patrulla o cualquiera que fuera el vehículo que usaran dos inspectores vestidos de paisano.

–Por aquí –indica el hombre más alto con un gesto excesivo de amabilidad. Ella sabe perfectamente por dónde ha subido y la librería no es tan grande como para perderse.

Comienza a bajar las escaleras precedida de los inspectores. Roberto aguarda arriba con mirada preocupada. En cuanto los pierde de vista por la escalera de caracol, saca su teléfono móvil y busca en la agenda. Al poco tiempo, está hablando con el abogado de la editorial. Afortunadamente, los miembros de la prensa han tenido tiempo suficiente para recoger sus equipos y desaparecer.

Iván Martínez Hulin

Corre  
o  
Muere



## **Nota**

El libro en su formato de papel se encuentra en su tercera edición y consta de 236 páginas.